

# ROSA Y AZUL



Contiene este número: **EL ÁGUILA** (continuación).—Las maravillas del mundo: **LAS PIRÁMIDES**.—Cuentos.—**UN ANFIBIO CARIÑOSO**.—Curiosidades.—Información gráfica. Primero de los cuentos del concurso.—Historietas.—Pasatiempos.—Y la continuación de las interesantes

## AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

Toda la correspondencia á D. Estanislao Maestre

Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero **MADRID**

# ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

## CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

## BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. ....  
residente en ..... provincia de .....  
calle ..... número ..... cuarto .....  
se suscribe á *Rosa y Azul* por ..... meses, y envía su im-  
porte en (1) .....

..... de ..... de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, sellos que no excedan de una peseta, Sobre monedero ó metálico.

## CONCURSO DE PÁGINAS ARTÍSTICAS

**R**OSA Y AZUL abre un concurso de planas artísticas, para ser publicadas en el mismo, con sujeción á las siguientes bases:

1.<sup>a</sup> Para la ejecución de los originales que se envíen á este concurso sólo se podrán emplear el procedimiento de claro oscuro, de mancha y dibujo á pluma ó al carbón, quedando totalmente excluidas las notas de color.

2.<sup>a</sup> La superficie pintada en cada original deberá ser de 26 centímetros de ancho por 36 de alto.

3.<sup>a</sup> Los originales se remitirán firmados con un lema, y dentro de un sobre lacrado y

suscrito con el mismo lema se enviarán el nombre y domicilio del autor.

4.<sup>a</sup> Las planas que el jurado calificador considere admisibles se insertarán en ROSA Y AZUL con el mismo lema con que hayan sido firmadas, y con el número en que se publique la última se acompañará un boletín para que los lectores, por medio de sufragio, concedan el premio de **50 pesetas** á la que consideren mejor.

5.<sup>a</sup> El plazo de admisión empieza en 15 de Agosto y termina el 30 de Noviembre, á las nueve de la noche.

# ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL  
ILUSTRADA, MORAL É INS-  
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA  
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

## NUESTRO CONCURSO



ROSITA FERNÁNDEZ (de cuatro años)  
Habitante en Alicante, calle de Teatinos, 2, 2.º  
(13 de las fotografías admitidas.)



## ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

(Continuación.)

ADÓNDE vas?—le preguntaron.

—A por mi hija— contestó sin detenerse.

Todos hicieron un movimiento como para seguirle; pero él les gritó:

—No, no; buscad unas cuerdas que puedan resistir el peso de un hombre, y que vengán detrás de mí dos de vosotros, los más ágiles, los más fuertes; pero dos sólo.



Y continuó corriendo en dirección al monte.

Todos adivinaron lo que intentaba el padre de *Quiqueta*: la empresa era difícil, arriesgada; nadie había bajado nunca al nido que las águilas tenían en *Las tres hermanas*, que era como se llamaban los tres peñascos, suspendidos sobre el pueblo á doscientos metros de altura.

Un anciano, con los cabellos blancos y los ojos llenos de lágrimas, sacó de su casa un rollo de cuerdas, y dirigiéndoles la palabra á unos mozos que se hallaban á su lado, les dijo:

—Id vosotros con vuestro cuñado, y traedme á vuestra sobrina viva ó muerta.

Aquel pobre viejo era el abuelo de la infeliz niña que les había arrebatado el águila; se dejó caer en el poyo de la puerta y se cogió la cabeza con las manos.

Mientras tanto, el padre de *Quiqueta* trepaba por las peñas con la agilidad de una cabra, y sus dos cuñados le seguían á la carrera deseosos de reunirse con él.

El nido del águila de las mesetas de *Las tres hermanas* era de todo punto inaccesible por la parte que daba al pueblo; los peñascos se hallaban cortados como por una sierra, sin otro punto de apoyo para las manos y los pies del hombre que hubiera intentado escalarlos, que las ramas de las higueras silvestres y las matas de las adelfas que crecían en las grietas.

Subir era muy difícil; bajar casi imposible; á nadie, por lo tanto, se le había ocurrido en el pueblo, ni aun á los temerarios muchachos, visitar aquella guarida de aves de rapiña.

Las mujeres arrodilladas en el corral y rezando, y los hombres en la plaza, todos contemplaban con creciente y angustiosa inquietud el águila que se remontaba elevando á la pobre criaturilla entre sus garras, y mirando á los tres cuñados que trepaban por las rocas, con asombrosa ligereza, en dirección del nido.

Parecía que la reina del espacio, la ladrona de los aires, no se atrevía á detenerse en la meseta de *Las tres hermanas*, temerosa de que aquellos hombres, que subían también como ella, le arrebataran su presa.

Aquel espectáculo era espantoso, oprimía el espíritu, redoblabá los latidos del corazón, porque á cada instante temían ver caer á la infeliz criaturilla desde la elevada altura en que se hallaba el águila cerniéndose en el espacio.

Pensar en que la rapiña podía soltarla, helaba la sangre. Algunos se cubrían el rostro

con las manos, lloraban, les faltaba valor para mirarlo; sólo un milagro podía salvar á la infeliz niña.

La desventurada madre era la única que no había cesado un instante de mirar al águila; continuaba con los ojos secos, inmóvil, rígida; más que una mujer viva, parecía una estatua de piedra; tan profundo, tan espantoso era su dolor, que parecía que el alma se le había helado dentro del cuerpo, transmitiendo á todo su ser esa indiferencia, ese anonadamiento de la insensibilidad, que tanto se asemeja á la muerte.

Los tres hombres que trepaban á la carrera monte arriba desaparecieron detrás de unas peñas y perdiéronse á los ojos de los aterrados espectadores del pueblo.

El águila, que sin duda también los perdió de vista, algo más tranquila, porque todo animal salvaje teme con sobrada razón al hombre, dió un empuje á sus potentes alas y se dirigió con rapidez hacia la meseta de *Las tres hermanas*, en donde tenía el nido.

Rebajó su altura más de veintiocho metros y luego fué descendiendo suavemente, hasta pararse en aquella plataforma de granito que servía de antesala á su guarida.

Todos lanzaron una exclamación de horror, calculando que la cabecita de la pobre niña se habría roto en pedazos al chocar contra la dureza de la piedra.

### LUCHA Á MUERTE

Sigamos nosotros al padre y á los dos hermanos que en aquella penosísima ascensión habían probado más de una vez el vigor de sus pulmones y la fuerza de sus piernas.

Llegaron, después de muchas fatigas, al pie de las tres peñas por la parte contraria del pueblo.

Nadie podía verles.

Allí se detuvieron, mirándose con desaliento, porque aquellos tres gigantes de granito que tal vez una conmoción terráquea an-

tediluviana había reunido sobre aquel elevado monte, tenían unos doce metros de altura, y era casi imposible escalarlos y descender luego por la parte opuesta hasta la gruta en donde el águila tenía su nido.

Para mayor claridad del diálogo que mantuvieron aquellos tres hombres, y que nosotros vamos á repetir por escrito, diremos



que el padre de la niña se llamaba Francisco, y sus dos cuñados, el uno Jaime y el otro Vicente.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntó Jaime.

—Pues subir—contestó Francisco con resolución.

—¡Subir!... Eso se dice pronto. Pero... ¿cómo se sube?—añadió Vicente.

—Pues subiendo; agarrándose á las rocas con las uñas, con los dientes..., porque es preciso subir y luego bajar á la cueva que indudablemente tiene el águila. No quiero que destroce á mi hija y se la coma; supongo que la pobre *Quiqueta* estará ya muerta, pero yo quiero subir. ¿Lo entendéis? Quiero matar al águila y hacer pedazos á los aguiluchos; quiero vengarme.

Y Francisco, diciendo esto, se ataba el cabo de una cuerda á la cintura y dejaba la escopeta en el suelo.

—Me basta con mi navaja y mis manos; la escopeta podría estorbarme para subir y bajar—añadió—. Mira, ponte tú, Jaime, arrimado á la roca; sobre tus hombros subirá Vicente, y yo subiré luego. Si puedo alcanzar con una mano aquellas raíces de la higuera, ya estoy arriba; luego me descuelgo por la otra parte, y váis aflojando cuerda hasta que yo os avise.

Francisco tenía los ojos encendidos, el pecho de la camisa y las rodillas del pantalón rotos, y las manos ensangrentadas.

Se quitó las alpargatas y las medias, cogió otra cuerda, la dobló en forma de lazo y la sujetó entre los dientes.

Mientras tanto los dos hermanos se habían colocado uno encima de los hombros del otro, junto á las peñas, como les había indicado Francisco.

Aquel padre, á quien estimulaba la desesperación, la rabia y el dolor, se encaramó, agarrándose á la roca, sobre los hombros de Vicente, es decir, del segundo hombre que formaba la escalera; pero al extender el brazo para agarrarse á las raíces de la higuera, vió que le faltaban más de tres metros para llegar con la mano.

No se desanimó, porque estaba resuelto á sacrificar su vida, y nada da tanto valor y serenidad, en los momentos graves, como mirar con indiferencia la muerte.

Francisco se agarró con la mano izquierda á una de esas protuberancias de las rocas, especie de verrugas que la humedad y el tiempo cubren de salitroso musgo. Allí hundió los dedos hasta la primera falange, con esa fuerza titánica que no se explica, porque la transmite la desesperación.

Francisco comprendió que si aquel musgo se desprendía de la piedra, la caída de espaldas era la muerte. Cogió con la mano derecha la cuerda que llevaba sujeta entre los dientes, inclinó el cuerpo hacia atrás y arrojó con fuerza el lazo corredizo á la higuera.

Tres veces repitió esta operación sin resultado satisfactorio; á la cuarta el lazo se enganchó en una rama.

Francisco tiró de la cuerda para probar si podía resistir el peso de un hombre. Luego comenzó á subir, apoyando los pies en las piedras y el cuerpo suspendido sobre el abismo.

Los dos cuñados le miraban con la expresión del espanto pintada en el semblante.

Francisco llegó hasta la higuera, se cogió á las ramas y soltó la cuerda, quedándose de pie sobre el coronamiento de las tres rocas.

Aquella estatua era infinitamente pequeña para aquel gigantesco pedestal que le servía de base.

Del fondo del valle subió una oleada de admiración al verle. Francisco respiró con fuerza.

El águila estaba parada en el mismo borde de la meseta. Al ver al hombre sobre su cabeza, lanzó un chirrido espantoso, cuyo eco repitieron todas las concavidades de los barrancos.

El primer impulso del águila fué huir; y tendiendo las enormes alas, se lanzó al espacio, repitiendo su amenazador graznido.

Francisco cogió con las manos la cuerda que tenía atada á la cintura, y dijo á sus cuñados:

—Id aflojando poco á poco, hasta que conozcáis que me hallo en tierra firme.

Después de esta advertencia comenzó á descender, llevando la navaja abierta y cogida con los dientes.

Es imposible calcular los peligros de muerte que corrió aquel hombre.

El águila se cernió sobre la cabeza de Francisco, acentuando más sus graznidos, como si la presencia de aquel profano centuplicara su rabia.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

(Se continuará.)

# LAS MAÑANITAS

DEL

# RETIRO



Información gráfica.

(Fotografías de Ramírez.)

## CUENTOS DEL CONCURSO

### DEUDA PAGADA

Luis Morales era hijo único de un riquísimo comerciante catalán. Sus padres le dieron una educación esmeradísima en Barcelona primeramente, en París, Londres, Berlín y Viena después.

Luis aprovechó la educación que de sus padres y de sus profesores recibía; pero, desgraciadamente, cuando estaba para terminar la carrera de ingeniero de Minas, sus padres murieron en el intervalo de dos meses, dejándole millonario, huérfano y con diecinue-

ve años; es decir, menor de edad y en poder de su tutor.

Luis tenía un gran corazón y talento despejado; pero desconocía el mundo por completo; razón por la cual, cuando transcurrieron algunos meses y el tiempo hubo mitigado su dolor, sólo vió la parte bella de la existencia, y hallándose dueño de una pingüe fortuna creyó inútil dedicarse al trabajo, puesto que medios le sobraban para gozar de la vida; y deshaciéndose de la casa de comercio que sus padres le habían legado, decidió divertirse, gastar y viajar por donde más le agradara, sin pensar en el mañana y creyendo inagotable su fortuna.

Una noche en que se retiraba á su casa algo tarde y alegre como de costumbre, observó que un bulto negro caía al suelo á tiempo que se acercaba á gran velocidad un tranvía.

Arrojóse sobre el bulto á riesgo de ser atropellado, y sacó de entre la vía un niño como de catorce años, flacucho, extenuado y macilento. Al pronto lo creyó muerto; puso la mano sobre su corazón, y viendo que latía lo metió en un coche que en aquel momento pasaba y que los condujo á su casa.

Ya en su gabinete, comprendiendo que quizás el hambre había ocasionado el desmayo de la criatura, abrióle la boca y le introdujo en ella unas cucharadas de vino de Jerez.

El efecto no se hizo esperar; ligero carmín coloreó las mejillas del pobre muchacho. Abrió los ojos, y su vista recorrió asombrada y estupefacta el suntuoso cuarto, y acabó por derramar copioso llanto. Luis, que siempre tenía en su casa algunos fiambres, tomó un pedazo de ternera y otro de jamón, y con una barrita de Viena dióselo al niño; y con cariñosas palabras procuró calmarle, á la vez que éste acallaba su hambre.

Tranquilo ya y repuesto el niño, contó á Morales su historia, breve y sencilla, pero tristísima.

Su padre había sido un hábil oficial de albañil, y su madre una honrada menestrala. Como el jornal del padre era bastante regular y vivían con holgura, decidió que su hijo siguiese una carrera. Ya llevaba un año de estudios cuando su padre cayó un día del andamio en que trabajaba y quedó muerto en el acto. Fáltó el jornal; hubo que dejar los estudios. Al principio los cortos ahorros, las casas de préstamos; después el hambre, la enfermedad; el Hospital para su madre; el completo aislamiento para él. He aquí el resumen de la historia de Juan González. Buscó trabajo entonces y no lo encontró, y lle-

vaba ya tres días sin probar bocado cuando le faltaron las fuerzas y cayó desmayado.

—¡Pobre niño!—dijo Luis conmovido—. No tengas cuidado; desde hoy nada te ha de faltar: duerme ahora; mañana hablaremos.

Al siguiente día Luis y Juan tuvieron una larga conversación, manifestando el último al primero el deseo de aprender un oficio.

—Elige el que tú quieras—dijo Morales.

—Platero—exclamó Juan—, es un oficio muy decente y no es tan peligroso como el de mi padre.

El mismo día Luis llevó á Juan á casa de un diamantista, el cual se comprometió á enseñarle el oficio por la cantidad de mil pesetas, que Luis entregó en el acto.

Luis continuó su vida de locura, y al llegar á ser mayor de edad se encontró con que sólo tenía unos miles de duros, y pensando en ponerse á trabajar, llegó á los treinta años sin una peseta.

Se decidió por fin; hizo almoneda, y con cuatro ó cinco mil pesetas que reunió se embarcó para América.

En América, como en todas partes, sin protección, sin apoyo y sin oficio, rara vez la fortuna sonríe á quien la busca; y después de cuatro años de miserias, privaciones y desengaños, solo y en extranjero suelo, llegó un día en que Luis pensó poner fin á su miserable existencia, y saliendo á las afueras de Méjico buscó un sitio aislado para consumir su horrible determinación.

Preocupado como estaba no observó que un elegante joven le seguía hacia rato, hasta que al aproximar á su frente el cañón de un revólver sintióse fuertemente asido por la muñeca.

—¿Qué iba usted á hacer?—le dijo el joven, pues éste era el que había impedido la consumación de tan espantoso crimen.

—¿Y con qué derecho—preguntó Luis desesperado—se mezcla usted en mis operaciones?

—¿Con qué derecho?—replicó lleno de emoción el desconocido—. ¿Acaso no tiene un hijo el derecho y el deber de defender la vida de su padre?

—¿Un hijo?—exclamó admirado Luis Morales.

—Un hijo, sí, D. Luis, lo repito. Mis padres me dieron el ser, es cierto; mas ¿qué hubiera sido de mí si no me hubiese usted conservado la vida aquella triste noche en que me salvó de una muerte cierta?

—¿De modo que tú... usted?...

—Sí, yo; yo soy Juan González, el pobre huérfano que usted recogió exánime en la calle; que gracias á usted aprendió el oficio, mejor dicho, el arte de la orfebrería, y que en la actualidad, casado con la hija única de uno de los primeros capitalistas mejicanos, casi no sabe qué hacer de sus millones, ¿Cree usted ahora que cuando ya desesperaba de encontrarle (puesto que usted, por lo visto no se acordaba de mí) no tengo la obligación de decirle, como lo he hecho, qué iba usted á hacer y pagarle la deuda de gratitud que con usted tengo?

LEMA: «GRATITUD».

(Primero de los admitidos.)



CURIOSIDADES

Cómo se fabrican las plumas de escribir

Las plumas metálicas han reemplazado por completo á las plumas de ave de que se servían antiguamente para escribir, y á las plumas de cuervo que se empleaban para dibujar. La fabricación de estas plumas se ha centralizado en Bolonia, en donde se ocupan de 800 á 900 obreros, en su mayor parte mujeres.

Todas las plumas metálicas se hacen con

el acero, y principalmente Inglaterra tiene el monopolio de la producción del metal propio para esta fabricación.

Los aceros de Sheffield son considerados como los mejores por reunir todas las cualidades apetecidas.

CARTAS ILUSTRADAS

Al Sr. D. Juan González

Por conducto de Sr. y Srta. te comunico y te invito a fiestas que en mi ciudad se celebran en honor de la Virgen del Rosario de los meses de fiestas y las 2<sup>as</sup> culminantes del programa son: 1<sup>o</sup> se mataron 6 bravos de la ganadería de... 2<sup>o</sup> baile popular; 3<sup>o</sup> concurso por las bandas; 4<sup>o</sup> concurso de... artificial; 5<sup>o</sup> el coo blanco. (Para este festival estoy preparando un... en el que... de... 6<sup>o</sup> y final, procesión a dicha... sin falta en... con deseos de... Darte mi fuerte aprecio de... amigos

D. J. González

C-102-jente-21-8-1904

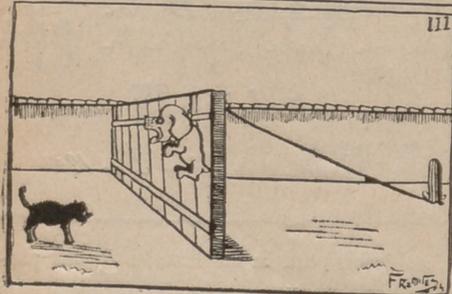
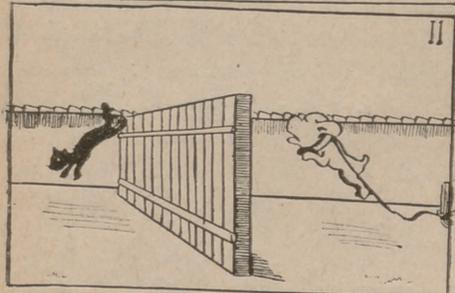
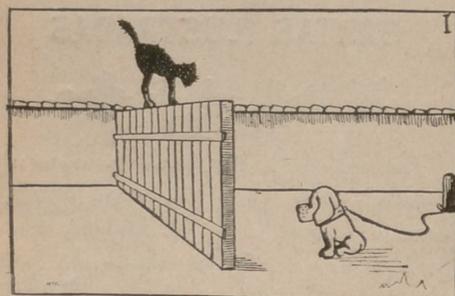
Las hojas para la fabricación de las plumas adquieren un estado de 7 milímetros de espesor, y se refinan y laminan para darles luego el espesor que se desea.

Cuando las hojas de acero están laminadas se envían al taller de fabricación. Esta comprende once operaciones sucesivas.

1.<sup>a</sup> Cortado.—Esta operación consiste en cortar la hoja de acero que sirva para hacer la pluma, y se efectúa con la ayuda de una

máquina sencilla que, más ó menos modificada, sirve en las distintas fases de esta fabricación. Un obrero hábil puede cortar más de cincuenta mil plumas al día.

## EL GATO Y EL PERRO



Por castigar á un gato mal hablado de una valla quedó un perro colgado. No castigáis el yerro con el yerro si no queréis que os pase lo que al perro.

2.<sup>a</sup> *Marcado de la pluma.*—La pluma, después de cortada, recibe en seguida la marca del fabricante, y al mismo tiempo los adornos que se desee tenga la pluma: núme-

ros, rayas, etc.; éstos se imprimen en su superficie, para lo cual se coloca la pluma en un yunque, dejando caer sobre ella un peso bastante grande que lleva en relieve los caracteres.

3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> *Taladro y forma.*—Con la ayuda de la primera máquina modificada, se hacen en la pluma las aberturas destinadas á comunicarla más elasticidad, y se le da en seguida la forma cóncava que deba tener, forzándola por presión hasta darle la forma de la pluma.

5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> *Temple y pulimento.*—Para sufrir las operaciones precedentes es preciso que el acero no sea ni muy elástico ni muy duro; la pluma fabricada debe ser, por el contrario, elástica y dura. Para conseguir esto y comunicar al acero esas propiedades, se calientan las plumas en cajas metálicas y se templan, mientras están aún calientes, en un baño de aceite.

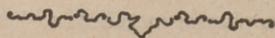
Pero como esta operación las deja muy frágiles y quebrantadizas, sigue después el *pulimento*, es decir, calentarlas sometiéndolas á una temperatura menos elevada que en el temple y dejándolas después enfriarse lentamente.

7.<sup>a</sup>, 8.<sup>a</sup> y 9.<sup>a</sup> *Limpieza, afilado y colorido.*—Hay que limpiar las plumas del óxido que se ha formado en su superficie, afilarlas sobre piedras de amolar, y en seguida darlas color, es decir, recubrirlas de una sustancia que varía para cada clase de plumas y que sirve para preservarlas del óxido.

10. Hasta aquí la pluma no está cortada; la pluma se corta con la ayuda de la primera máquina que se ha modificado para este objeto.

11. Por último, la pluma sufre la operación del barnizado, y después se empaquetan en la forma en que todos las habréis visto.

Traducido del francés por MIGUEL CABELLO.



—¿Qué vas tú á examinar?—preguntó su mujer.

—La cabeza de la nodriza. Necesito averiguar sus instintos.

—¿Cómo lo conseguirás?

—Estudiando las protuberancias de su cabeza.

—Mejor será que dejes eso de las protuberancias. Cuando venga esta tarde yo la preguntaré. ¿Qué informes tiene usted de ella, doctor?

—Que es robusta, sana y de buena conducta. De no ser así me habría abstenido de recomendarla.

—¿Tiene buen carácter?

—En cuanto al carácter sé muy poco. Si ustedes quieren, me informaré acerca de ese punto; aunque debo advertirles que si son demasiado exigentes encontrarán dificultades para hallar nodriza.

—Allá veremos—observó la señora.

—Tú verás y yo palparé—agregó Nicodemus.

La conversación fué interrumpida por la llegada de la misma persona de quien se hablaba, que, precedida por la doncella, entró en la habitación.

Era una muchachota guapetona y que parecía gozar de excelente salud. Sencilla en sus modales y ataviada modestamente, parecíase más á la cándida paloma que al perverso gavilán.

El Sr. Franco, que deseaba comenzar sus experimentos, fué el primero que rompió el silencio.

—Joven—la dijo—, acérquese usted; quiero examinar su cabeza.

—¡Oh!, está muy limpia, se lo aseguro—dijole la muchacha sorprendida.

El doctor se tapó la boca con el pañuelo porque no podía contener la risa.

Entretanto, el Sr. Nicodemus desataba la papalina de la joven é introducía los dedos entre los cabellos con la mayor

puleritud. La joven, sorprendida y atemorizada, le dejaba hacer.

—Observo—dijo con satisfacción el señor Franco—que tiene usted muy desarrollado el órgano de la benevolencia.

—Es verdad—contestó la joven por contestar algo.

—Y también el de la veneración.

—Gracias, señor.

—Como asimismo el órgano de la modestia.

—¡Oh! Sí, señor; soy muy modesta—afirmó la joven ya más animada.

—Ese es un órgano nuevo en la craneología—pensó el médico, riendo á más y mejor.

—La filogenitura—continuó Nicodemus—tiene un desarrollo grandísimo.

—Y eso de la filo... bueno, de eso que usted ha dicho, ¿qué es?

—Ha dado usted buena prueba de ello. Querida esposa, estoy satisfecho. ¿Tienes alguna pregunta que hacer? Por mi parte las considero inútiles.

—¿Probaremos con el niño?—preguntó la doncella que había escuchado sin despegar los labios.

El doctor dió la señal de asentimiento, y en seguida Juan Franco se halló tan agarrado al pecho de Sara—que así se llamaba la nodriza—como una sanguijuela.

—¡Qué hambre tiene!—dijo la muchacha—. ¡Dios le bendiga!

La señora se levantó de la cama y fué á reunirse al grupo. ¡Cómo envidiaba á aquella mujer que tenía suficiente jugo lácteo para alimentar á aquel pedazo de sus entrañas!

Y que el alimento gustaba al mamoncillo lo demostró bien la cara de satisfacción con que se quedó dormido.

Sara cumplió admirablemente sus funciones de nodriza, y el matrimonio Fran-

co vió con la natural alegría que el niño se desarrollaba sin otros percances que los naturales á la infancia.

Como hijo único de un matrimonio entrado en años, el muchacho hizo siempre cuanto le vino en ganas, sin que nadie pusiera coto á sus caprichos.

Así llegó á los siete años.

### CAPÍTULO III

EL DOCTOR PRESCRIBE LA IDA Á LA ESCUELA COMO REMEDIO PARA LA CORTADURA DE UN DEDO.

El doctor había sido llamado á casa del Sr. Nicodemus, y en cuanto entró en ella encontróse un espectáculo horripilante. El Sr. Franco paseábase por la habitación agitado como fiera en jaula; la señora estaba desmayada en un sofá; los criados andaban de un lado para otro sin orden ni concierto. Decididamente, allí había ocurrido una desgracia, una gran desgracia. El único que no participaba del atolondramiento general era Juanito, que con un trapo liado alrededor del dedo y manchado de sangre, jugaba con unas cerezas, de las cuales pretendía hacerse unos pendientes.

—¿Qué es lo que tiene mi hijo? — preguntó el Sr. Nicodemus con acento angustiadísimo en cuanto el doctor penetró en la estancia.

Antes de que el doctor pudiese contestar, la señora, que había vuelto en sí, acercóse á él exclamando:

—¡Ay, doctor de mi alma!... Estoy segura de que Juanito perderá la mano. ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!

—Veamos qué ha pasado—dijo el doctor examinando el dedo de Juanito, mientras éste continuaba jugando con la mano derecha.

Después, dirigiéndose á la señora, dijo: —¿Tiene usted un poco de tafetán para heridas?

—Sí, señor. Corre, Marí; corre, Sara.

A los pocos momentos volvieron las sirvientes: Sara traía el tafetán, Marí las tijeras.

El doctor curó al muchacho el dedo, y dijo después:

—No tengan ustedes cuidado. La cosa no tiene importancia, y respondo de que curará sin consecuencias desagradables.

—¿No le parece á usted que deberíamos meterle en la cama?—preguntó la señora.

—Indudablemente —agregó el señor Franco.

—No es absolutamente preciso—indicó el doctor—; pero esto puede evitar una recaída.

—Ven, querido mío; ya oyes lo que dice el doctor.

—Si lo oigo, mamá; pero no quiero acostarme.

—Ven acá, Juanito, amor mío.

Juanito siguió jugando con las cerezas y sin hacer el menor caso á su mamá.

—Vamos, señorito Juan—dijo Sara.

—Déjame en paz, mamá Sara.

—¡Oh!, señorito Juan...—dijo Marí.

—¿Queréis dejarme en paz?

—Amor mío, ¿serás desobediente?

—Me voy al jardín á coger más cerezas. Adiós, señor médico.

Y salió en dirección al jardín. La madre le siguió, diciendo:

—Puesto que te empeñas en ir al jardín yo te acompañaré.

Y dirigiéndose al doctor:

—¿Ha visto usted un niño más obediente? ¿Se le puede llevar con un cabello!

—Sí, señora, sí... á coger cerezas—contestó el doctor con ironía.

La señora Franco, Juanito, Sara y Marí bajaron al jardín, dejando solos al

doctor y al Sr. Nicodemus, que durante la escena anterior había guardado silencio.

El doctor era un sabio, estudioso y cumplido caballero, incapaz de engañar á nadie. Como visitaba á la familia Franco desde hacía más de treinta años y asistió al nacimiento y desarrollo de Juanito, había podido observar que el muchacho era decidido, animoso y de buen carácter; pero á causa de la idiosincrasia del padre y del cariño poco prudente de la madre, estaba á punto de echarse á perder. He aquí por qué, en cuanto se vió solo con el Sr. Nicodemus, le preguntó:

—¿No piensa usted poner al niño en la escuela?

El Sr. Nicodemus tosió dos ó tres veces, se estiró el batín, y con acento enfático y ademanes de orador comenzó su discurso.

—La gran objeción que tengo para no llevar mi hijo á la escuela ¿sabe usted? es que yo opino que la disciplina á que se somete á los niños, es no sólo opuesta á los derechos del hombre, sino también á todo sentimiento común, ¿sabe usted?

El médico no dijo esta boca es mía, y el orador continuó:

—Los maestros, no contentos con castigar, lo cual es en sí erróneo é infringe la justicia social, pervierten los caracteres de los muchachos aplicando el castigo á la parte más degradante de su cuerpo, añadiendo así á la humillación la tiranía. ¿Me comprende usted?... Un niño que es enviado á la escuela para mejorar por medio de los preceptos y del ejemplo, ¿aprenderá benevolencia de un ceño fruncido ó de una mirada vengativa? ¿Aprenderá tolerancia viendo la crueldad de los pasantes? ¿Aprenderá á tener paciencia cuando ve siempre impaciente al maestro? ¿Aprenderá á ser modesto, cuando en la escuela le obligan á exponer al pú-

blico, como castigo, la parte más humillante de su persona?... ¡Ah!, Sr. Middleton (este era el nombre del doctor). ¿No aprenden cada día una lección contraria á la igualdad? ¿Qué distinción existe entre el azotador y el azotado? ¿No están hechos ambos á imagen y semejanza de Dios, dotados de la misma razón y de iguales derechos? ¿No es esta la herencia sagrada de todos, que impía y tiránicamente ha sido usurpada á los más en beneficio de los menos? ¿No es el deber de un padre preservar á su único hijo de esos funestos, peligrosos y humillantes errores que le rebajan al nivel de la bestia que sufre los palos resignada con tal de que no la faite el pienso? ¿No se inculcan en la escuela esos mismos errores? ¿No reciben con la primera lección del alfabeto la primera lección de esclavitud? Amigo Middleton, hasta que los maestros no renuncien á los azotes, á la palmeta y demás castigos, mi hijo no irá á la escuela.

El doctor había escuchado este charrón de oratoria con la misma tranquilidad que escuchamos la lluvia cuando estamos á cubierto de ella. Y cuando vió que el Sr. Franco se había repantigado en el sillón, satisfecho, como todos los filósofos, de haber dicho cosas irrefutables, comenzó su capítulo de razonadas objeciones en esta forma:

—Concedo, Sr. Nicodemus, que en el fondo puede existir algo cierto de cuanto usted acaba de decir; pero considere usted que por evitar á su hijo la concurrencia á un lugar adonde puede haber algún peligro para él, le deja expuesto á fatales consecuencias. Sólo la educación es la que nos libra de preocupaciones, permitiéndonos romper las trabas de la rutina. Aunque en las escuelas exista el castigo, es preciso reconocer que se trata de un período en que el alma de los jóvenes es

elástica y en breve llega á ser indiferente á las correcciones, que, por otra parte, yo no encuentro tan duras como usted. Sin el castigo, ¿quién sería capaz de poner á raya á la multitud de diablillos que se reúnen en una escuela? ¿Quién haría á los niños aprender esa serie de cosas que tan necesarias les son? En todos los órdenes deben existir el premio y el castigo: éste para el malo, aquél para el bueno.

—Yo enseñaré á mi hijo lo que le sea preciso saber.

—No dudo de la capacidad de usted; pero tengo por seguro que hallará dificultades imposibles de vencer. Aun reconociendo que Juanito adelantaría mucho con tan buen preceptor, creo que el cariño materno le imposibilitaría de hacer nada provechoso. El niño está ya tan mimado que no obedece á nadie, y sin obediencia es imposible que aprenda las lecciones.

—Concedo, querido doctor, que tiene usted razón en parte de lo que dice; pero ante la debilidad materna están mis energías. ¡Porque yo soy muy enérgico!

—¿Me permitirá usted que lo dude?

—¿Dudar de mi energía! ¡Ah!... ¡Oh!... Aseguro á usted que el niño hará cuanto yo le mande ó...

El Sr. Nicodemus se detuvo á tiempo, porque la palabra azotes pugnaba por salir de sus labios, y no era cosa de hablar de castigos cuando acababa de hacer un discurso sociólogo-moral-filosófico para censurarlos.

El doctor comprendió que el Sr. Nicodemus se ahogaba, y riendo le tendió un cable salvador.

—No dudo, Sr. Franco, que encontrará usted algún medio para hacerse obedecer del muchacho; pero ¿cuál será el resultado? Que considere á su madre como su protector y á usted como á un tirano; de

donde vendrá la excisión en el matrimonio. Y esto hay que evitarlo á toda costa. Conozco un sacerdote que no usa la palmeta; le escribiré preguntándole si emplea los azotes, y si me contesta que no, puede usted enviarle su hijo; así no se verá entre la indulgencia de su madre y *esa energía* (y recalcó bien las palabras) de que usted me habla.

—Lo que usted me indica es cosa que merece ser tomada en consideración. Lo pensaré bien, y si ese amigo no usa los azotes creo que mandaré el niño á su colegio para que aprenda lo más rudimentario.

El doctor había ganado la batalla halagando al filósofo.

Al siguiente día presentóse con una carta del pedagogo. Protestaba en ella de la costumbre de los azotes, poseído de santa indignación.

El Sr. Franco aguardó la hora de la comida, y mientras su esposa saboreaba una compota de ciruela, á que era muy aficionada, le espetó la noticia.

—¡A la escuela!—exclamó la señora medio atragantándose—. ¡Un niño tan pequeño!...

—Querida mía, ha cumplido los nueve años y es hora de que aprenda á leer.

—Ya casi lee, y lo que falta aquí se lo podemos enseñar. ¿Verdad, Sara?

—¡Dios le bendiga!; sí, señora. ¡Ayer dijo casi todas las letras!

—¡Conque esas tenemos! Ven acá, hijo mío, ven acá.

Juanito continuó inmóvil.

—Vamos, ¿cuál de las letras que hay aquí es la *a*?—preguntóle el Sr. Nicodemus señalando un periódico.

—Quiero un terrón de azúcar—fué la contestación del muchacho.

—Vamos, dime qué letra es la *a* y te daré el terrón de azúcar que deseas.

CURIOSIDADES

## UN ANFIBIO CARIÑOSO

HE aquí un animal extraño. No teme al frío ni al calor; se alimenta indiferentemente de yerba, de carne ó de pescado; habita igualmente en el agua, en la tierra ó en el hielo; su forma participa de la de distintos animales. Es, en verdad, tan extraño, que parece fabuloso y el modelo por el cual la imaginación de los poetas produjo los tritones, las sirenas y aquellos dioses marinos con cabeza humana, cuerpo de cuadrúpedo y cola de pescado.

Tienen, en efecto, las focas, la cabeza redonda como la del hombre, el hocico ancho como la nutria, los ojos grandes y colocados en la parte superior, orejas rudimentarias á los lados de la cabeza, bigotes alrededor de la boca y dientes muy semejantes á los del lobo. No tienen brazos ni antebrazos aparentes, sino dos manos con cinco dedos, unidos hasta las uñas por una membrana, y dos pies sin piernas, iguales á las manos, pero más anchos y vueltos hacia atrás, como para unirse á una cola muy corta. El cuerpo prolongado, como el de un pez.

Su mirada tiene expresión humana y son muy inteligentes. Prueba de ello es la que presentamos hoy á nuestros lectores. Mas dichosa que el león y el elefante, vive á maravilla en su acuario. Coge con notable destreza los pescados que se le arrojan, y verdadero «perro» de mar no sólo lanza ladridos, sino que tiene tal cariño y fidelidad á su guardián, que á su llamamiento sale del agua,

llega arrastrándose sobre sus deformes patas, le toma cuidadosamente el pescado que él la ofrece y después, agradecida, le besa con delicadeza en la cara.

No cabe más cariño en un animal.

Contemplada detenidamente la foca, pa-



rece un ser estúpido, incapaz de hacer nada provechoso, y, sin embargo, es uno de los animales de quienes mayor partido puede sacar un domador.

Todos habréis visto aquellas focas que recorrieron los circos de España, subyugando á los espectadores con los ejercicios que realizaban: peloteo, toque de tambor y guitarra y, por último, juegos malabares con unos mecheros de alcohol.

Es, pues, la foca una prueba fehaciente de que no debemos fiarnos de las apariencias.

ADVERTENCIA.—Rogamos á nuestros colaboradores que al remitir los originales lo hagan como tenemos indicado y franqueando la carta, que debe venir abierta, con un cuarto de céntimo.

## LAS OCHO MARAVILLAS DEL MUNDO

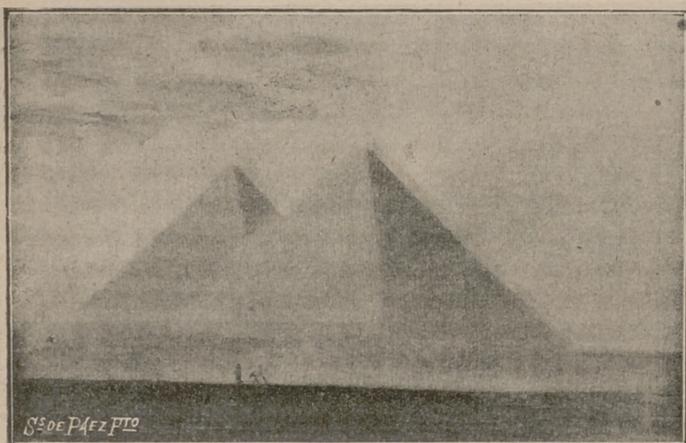
## Las Pirámides de Egipto

No hay pluma capaz de llevar al ánimo del lector la grandiosidad de las Pirámides; tampoco la fotografía por sí sólo bastara á dar exacta idea de lo que son aquellos montículos de granito, construídos por una raza de esclavos bajo el látigo de los orgullosos

grande era la pirámide, puesto que el objeto era desafiar al tiempo construyendo un monte de piedra para impedir que ejerciese su acción devastadora sobre los cuerpos muertos de aquellos reyes soberbios y orgullosos.

Las pirámides son 80 y ocupan una extensión de terreno muy superior á 30 kilómetros; pero entre ellas la más monumental, la más grandiosa es la que se conoce con el nombre de *Cheops* (Brillante) que mide 232 metros cuadrados en su base y 146 en su cima.

Afirma un historiador que ha visitado varias veces las pirámides, que si la Cheops estuviese hueca podría servir de estuche para encerrar la Basílica de Roma.



Faraones. Aunados el trabajo del fotógrafo y el del escritor, acaso logremos reconstituir la Historia.

Comenzáronse á edificar las pirámides unos dos mil años antes de Jesucristo, con el fin de que sirviesen de panteones á los reyes. Apenas uno de estos subía al trono, hacíase construir su pirámide, y cuanto mayor era el orgullo de un Faraón, tanto más

Los Faraones fueron enterrados en las pirámides, y las entradas de éstas estabañ tan bién simuladas que transcurrieron muchos siglos sin que ningún sér humano penetrase en el interior de aquéllas moles; pero los arqueólogos han dado al fin con las entradas y penetrado hasta el corazón de las pirámides; demostrando, tal vez sin pretenderlo, que sólo las obras de Dios son inescrutables.

### Pensamientos

No hay recompensa más inmediata para un niño que la de haber obrado bien.

Una casa sin niños es igual que un campo sin árboles.

Para poco escribir se necesita mucho estudiar.

La esperanza es lo que más ayuda á la felicidad.

La única tristeza que se ve en un niño es que no lo será siempre.

CONSEJOS A LAS MADRES

## EL VERDADERO HERODES

Así puede, con toda propiedad, llamarse una de las más terribles enfermedades que padecen los niños durante el verano: la *diarrea*.

Vosotras, madres cariñosísimas, para quienes todos los placeres, todas las alegrías, todas las felicidades las tenéis reconcentradas en vuestro hijo, sois casi siempre culpables de esa gravísima dolencia que, alterando su salud, concluye muchas veces por arrebatároslo para siempre, dejándoos sumidas en un mar de lágrimas y trocando toda la dicha de vuestro feliz hogar en perpetua pena y desventura.

Vosotras ignoráis, seguramente, la devastación que la terrible parca produce durante el verano en el hermoso campo infantil. Para que os forméis siquiera ligera idea de ella os diré, y procurad no olvidarlo nunca:

¡¡España pierde cada año más de 120.000 niños *menores de un año*, y cerca de 234.000 *menores de cinco años*!!

Madrid ha perdido desde 1896 á 1902 nada menos que ¡44.831 *niños menores de cuatro años*!

Pues bien; esta horrible hecatombe reconoce por causa principalísima la *diarrea*, porque el número de niños que la padecen es inmenso, sucumbiendo á ella la mayoría, y los que por fortuna logran resistirla, quedan en un estado tal de debilidad, que les priva de la fuerza de resistencia para luchar y vencer luego á las otras enfermedades que les atacan.

En solo un año, 1900, sucumbieron por *diarrea* en España 45.334 niños menores de cinco años, y en Madrid, en cuatro años (1900 á 1903), fallecieron de esta misma enfermedad ¡3.811 *menores de cuatro años*!

Y la diarrea no es como vosotras pensáis —y con vosotras no pocas personas ilustradas— una dolencia sin importancia y que á veces conviene la tenga el niño, sobre todo cuando está *echando* los dientes. No, no y mil veces no, queridísimas y amantes madres. No creáis tal vulgaridad, pues semejante creencia lleva en sí aparejada un mar de copioso llanto. La *diarrea* es vuestro mayor enemigo: es el *verdadero Herodes* de los niños.

Ese Herodes es un opulento agricultor que también hace su abundantísima siega en los meses de verano. En efecto, ¿sabéis cuántos niños perdió España en 1900, durante solo los meses de Julio, Agosto y Septiembre?

¡¡¡70.088!!! (1).

¡Leedlo bien!

¡Temblad!

¡Horrorizáos!

Y procurad después poner remedio.

Por fortuna, tenemos un doctor especialista, mejor dicho, una doctora, que cuenta con poderosos elementos para luchar contra ese Herodes maldito. Es una doctora muy simpática, muy agradable, sumamente económica, que os evita el gasto de medicamentos y os economiza muchas lágrimas.

Ya me figuro que ansiáis conocer su nombre, y ¡ojalá que así como tenéis vehementes deseos de saberlo, tuviéseis empeños grandes en retenerlo siempre en vuestra memoria!

Su bendito nombre es HIGIENE.

Ella no cura la *diarrea* de vuestro hijo,

(1) *Movimiento anual de la población de España*, tomo II, publicado por la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico.

sino que hará cosa mucho mejor: la evitará. La higiene, en general, podrá ser cara y de difícil aplicación, como, en efecto, lo es algunas veces; pero la higiene del niño es sumamente sencilla y económica.

En vuestras manos está, pues, el evitar que vuestros hijos padezcan *diarrea*. ¿Cómo?

1.º Procurando amamantarlos vosotras mismas, porque además de ser éste un deber sagrado, nada prueba mejor al niño como la leche de su propia madre.

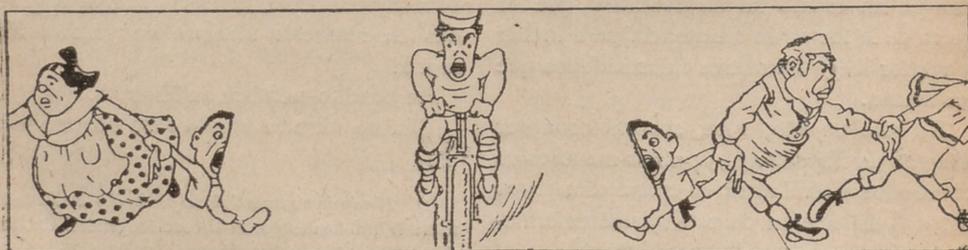
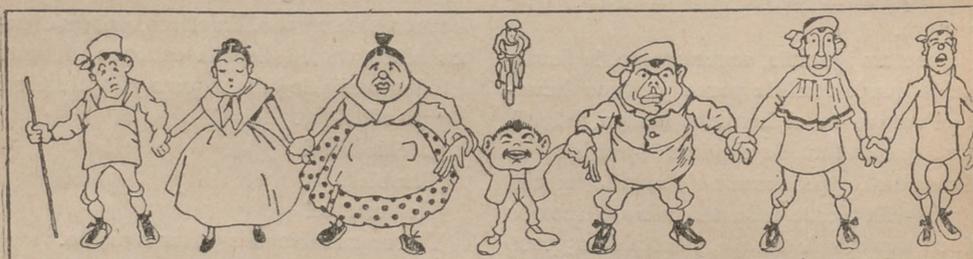
2.º Procurando regularizar las mamadas; no le déis el pecho más que de dos en dos horas en los tres primeros meses; después,

de tres en tres horas durante el día, y una ó dos (á lo sumo) de noche.

Si vosotras os penetráis bien de la bondad que encierra este consejo, lo practicaréis con escrupulosa exactitud, y haciéndolo así veréis cuán diferente sería vuestra salud y la del niño.

3.º Si lo criáis con biberón, además de regularizar las mamadas, dejad pasar más tiempo de una á otra, porque la leche animal tarda más que la de mujer en ser digerida. Procurad también (pues es importantísimo) no dar demasiada leche al niño (600 gramos diarios el *primer mes*, aumentando

### LOS DE CALATORAO (Historieta muda, por Ibáñez)





progresivamente y añadiendo un tercio y luego un cuarto de agua ligeramente azucarada y hervida); desde los cuatro ó cinco meses, podéis dársela *pura* con azúcar y un poquito de sal.

4.º No le déis papillas, sopas ni otra cosa que leche, hasta que cumpla cuando menos diez meses. *La alimentación prematura causa más estragos entre los niños, que el tífus, el cólera y la peste entre los adultos.* Creedlo.

Y no sólo es causa de que mueran tantos niños de cero á un año, sino que los desnute de tal modo, que la mayoría de los que se alimentan pronto con las harinas lacteadas, leches condensadas, papillas, etc., etc., se desarrollan peor y pesan mucho menos que

los niños alimentados con leche sola. Si lo dudáis, yo os invito á hacer la prueba; pesadlos y lo comprobaréis.

Es preciso, pues, que en cuanto se presente la *diarrea* en vuestro hijo llaméis *inmediatamente* al médico y no os metáis á dar purgante ni medicina alguna al niño, aun cuando os lo aconseje la comadre más experimentada.

Preparáos, madres cariñosas; estad en guardia, porque los calores de estos días y los sucesivos han de causaros muchos sinsabores.

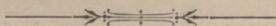
Las que habéis olvidado, ó ignoráis los consejos de la simpática doctora cuyo nombre os indiqué antes, tendréis en esta tem-

porada de calores á vuestros pequeñuelos con *diarrea*, y como no querréis resultar responsables de ella por vuestro mal régimen, le echaréis la culpa á los inocentes dientes.

*Regularidad* en el método, prudencia en la *cantidad*, han de ser la norma de vuestra conducta respecto á la alimentación de vuestros tiernos hijos. Tenedlo siempre muy presente.

DOCTOR ULECIA Y CARDONA,

Fundador y director del primer Consultorio de niños de pecho.



## BREVE ESTUDIO SOBRE EL ORIGEN DE LOS CAMINOS DE HIERRO

Los primeros caminos de hierro y las primeras locomotoras fueron construídos en Inglaterra.

El año 1650 se construyó en Newcastle un camino formado de barras de madera, cuyo objeto especial fué su empleo para el transporte de la hulla y demás minerales.

Algunos años más tarde las barras de madera fueron cubiertas de bandas metálicas á fin de evitar el desgaste excesivo del citado material, y, por último, en 1761 se suprimió por completo la madera, siendo reemplazada por la fundición, cuyos railes, construídos de este metal, eran apoyados sobre pilotes de piedra ó troncos de árboles convenientemente acepillados.

En los primeros años, la tracción se operó por medio de caballos, y este método permaneció en vigor hasta 1820, época en que se empleó por primera vez la locomotora en el camino de hierro de Darlington á Stockol. Este nuevo medio de tracción fué empleado hasta 1828 solamente, pues de esta fecha data la invención é inmediata construcción de la máquina tubular, por Marc-Seguín, que fué introducida casi al mismo tiempo en los

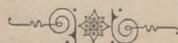
caminos de hierro de Liverpool á Manchester y de Lyon á Saint-Etienne, siendo estas las primeras locomotoras de gran velocidad que fueron dedicadas á las vías de gran comunicación para el transporte de viajeros y de toda clase de mercancías.

Hubo todavía varias dudas é inconvenientes acerca del empleo de este utilísimo medio de transporte, siendo, por último, reconocido y adoptado como el más ventajoso gracias á los trabajos realizados por el duque de Wellington, que logró introducirlo en el camino de Liverpool á Manchester, el año 1842, y la reina Victoria, que se arriesgó á viajar el 1843.

Hoy es el método más generalizado de todos los empleados para los transportes por tierra.

EDUARDO DE SANTIAGO Y CARRIÓN,

Alumno de tercer curso en la Escuela Superior de Industrias de Vigo.



## ¡POBRE MADRE!

### I

**B**USCAROS *vuestro sustento como podáis.*

Tales fueron las palabras de su madre al ingresar en el Hospital Provincial victima de aquella enfermedad que por entonces arrebatava miles de personas á la villa de Madrid.

Así lo hicieron Antonio y Fernando, hijos de aquella pobre mujer. El primero, que era uno de esos espíritus activos y emprendedores, anduvo los primeros días errante y sin camino por ese triste oficio que se llama «mendicidad»; más tarde recorrió los talleres de ebanista, de cuyo oficio ya había obtenido algunas nociones de su padre difunto. Pronto encontró colocación en uno, en donde le ofrecieron comida y casa, y al poco tiempo empezó sus faenas.

II

El segundo, ó sea Fernando, era de genio muy diferente al de su hermano. Amigo de malas compañías y poco aficionado al trabajo, hizo la verdadera vida del «golfo»; comía en los cuarteles las sobras del rancho; dormía en alguna cueva, y se dedicaba durante el día á mil raterías punibles.

III

Sucedió cierto día que Fernando fué sorprendido por los guardias en una de sus raterías; allí no sirvieron lloros ni nada. Le llevaron á la prevención, de donde salió para cumplir quincena en la Cárcel Modelo.

IV

Entretanto, la madre se iba agravando en su enfermedad. Por fin un día pidió ver á sus hijos. Un empleado del Hospital, compadecido de su desgracia, la prometió buscarlos.

Pronto encontró á Antonio en el taller trabajando; en cuanto á Fernando, supo su condena, pero no dijo nada á su hermano, el cual, aunque también lo sabía, lo ocultaba á todo el mundo. Llegaron al Hospital. Allí estuvo Antonio con su madre.

Aquel empleado, con quien había simpatizado, temía el momento en que la enferma preguntara por su hijo Fernando, cosa que no tardó en llegar.

—¿Y mi Fernando?—preguntó la enferma. El empleado calló.

—¿Y mi Fernando?—volvió á repetir la madre.

—Fernando está preso—respondió el empleado.

Aquel golpe, que tenía lo mismo de rudo que de inesperado para la madre, no lo pudo resistir, vino á apoderarse de su espíritu y precipitó su muerte.

MARIO RUIZ.



José Castejón.—Valencia.—Los cuadrados irán saliendo. La persona por quien usted me pregunta no sé adónde reside. ¿Por qué no repite su trabajo y me le envía?

Francisco Palomino Muela.—Osuna.—Se publicarán.

Felisa Pérez.—Madrid.—Muchas gracias. Acertó todas las soluciones.

Alvaro Rodríguez.—Idem.—Admitida la fuga.

Antonio Jimena.—Idem.—El artículo no me gusta; puede usted hacerlo mejor si se fija. ¡Ah! Y cuidado con la ortografía.

Gil Farrán.—Barcelona.—Aprovecharé algo de su último envío. Es usted muy trabajador.

Isidoro Barrios.—Cuevas de Vera.—Entran en turno los pasatiempos.

Jorge Rodríguez.—No me disgusta su trabajo; mas para publicarle es preciso que haga mejor las figuras y en papel aparte. De los pasatiempos aprovecharé alguno.

José María Roselló.—Carcagente.—Será usted complacido.

Manuel Caldeiro.—Madrid.—¿Es original de usted el *Pozo mágico*? No es que me parezca una maravilla, ni mucho menos (más se asemeja á romance de ciego que á otra cosa), sino que he visto ciertas faltillas de ortografía que... en fin, ya usted me comprende.

## LISTA DE SUSCRIPTORES

(Continuación.)

Rafael Fernández González.—Isidoro Barrio Jordá.—Manuel Moreno.—Pedro Alcalde.—José Alvarez.—Rafael González Pintor.—Paquita López Santamaría.—R. P. Fray Santos Guzmán.—María de la Puente y Fernández Carvajal.—Jesusa Domínguez. David Azcarretazábal.—Humberto Bovio Vallino.

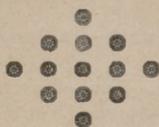
(Se continuará.)



CHARADA por J. L. Amor.

Mi vecina *tres dos* cree  
*prima dos* con mucha gracia,  
 y no sabe la infeliz  
 que tantas latas me *cuarta*,  
 que así le pongan el *todo*  
 aunque sea en la garganta.

ROMBO por Vicente Mas.

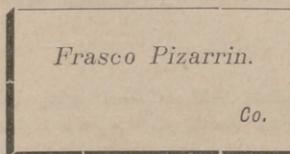


Sustituid los puntos por letras de modo que  
 leído horizontal y verticalmente resulte: 1.º, vocal;  
 2.º, para volar; 3.º, provincia; 4.º, clase de animal,  
 y 5.º, vocal.

JEROGLÍFICO por José López.

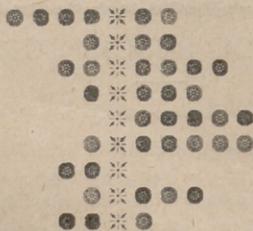
+ TI k nota

TARJETA por Rafael Fernández González.



Combinad las letras y hallaréis el nombre y ape-  
 llido de un héroe español.

SUSTITUCIÓN por C. de Souza.

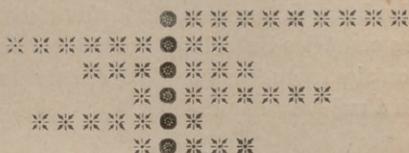


Sustituid los puntos y estrellas por letras y se  
 leerá en los puntos nombres de mujeres y en las  
 estrellas el nombre de una revista ilustrada.

JEROGLÍFICO por Leonardo Ordoño.

Madrid... { Fuerte.  
 Robusto.

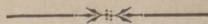
COMBINACIÓN por J. Lletget.



Sustituid las estrellas por letras y leeréis hori-  
 zontalmente los nombres de seis toreros célebres  
 y verticalmente en los puntos el de un torero que  
 pronto reaparecerá.

JEROGLÍFICO por Leonardo Ordoño.

Pelo blanco Manzanares



SOLUCIONES

Al acertijo por A. Gómez Valero: SOMBRA.

A la charada por F. García: CLARETE.

Al jerooglífico por Rafael Fernández González:  
 ENCARAMADOS.

A la sustitución por José Mendiola:

M A Z Z A N T I N I

A L G A B E Ñ O J

M A C H A Q U I T O

A la fuga de vocales por Flora Gilmán:

Valencia para las flores;

champagne para los vinos;

Circasia para mujeres;

ROSA Y AZUL para niños.

A la sustitución por F. R. G.:

D A R

I R A

R O M A

G R I F O

A Z U L

A la adivinanza por Manuel Caldeiro: LAS ES-  
 TRELLAS.

A la charada por J. L. Amor: PALOMA.

A la tarjeta por Gil Farrán: LA TRAPERA.

Al jerooglífico por José Muñoz: NOVEDADES.

A la charada por J. Corral: RATON.

Imprenta de P. Apalategui, Pozas, 12, Madrid, tel.º 1.723.

# NUESTRAS REFORMAS

Desde el número 27 ROSA Y AZUL consta de 24 páginas, y es la que da más lectura y la más barata de cuantas se publican.

Las cuatro páginas que le aumentamos, de papel rosa, impreso con tinta azul, están destinadas á la publicación de las interesantes

## Aventuras

### de un pequeño filósofo

ESCRITAS POR EL CAPITAN MARRYAT

cuya traducción del inglés se ha hecho expresamente y con todo esmero para esta Revista.

A pesar del aumento de gastos que esto supone, ROSA Y AZUL continuará vendiéndose á **15 céntimos**.

De este modo correspondemos al creciente favor que el público nos dispensa.

### PERCHAS "Navas y Comp<sup>a</sup>"

(Con patente)



Recomendables  
para los Colegios  
y particulares 

    **No rompen ni ensucian la ropa**

**Son las más baratas**   

  Pidanse precios á los señores NAVAS Y COMPANÍA, Espíritu Santo, 51.—MADRID 

### DÍA FELIZ

Se halla de venta esta interesante novelita, elegantemente encuadernada, al precio de

**50 céntimos.**

También podemos facilitar bonitas tapas para la encuadernación á **15 céntimos**.

A provincias van por el mismo precio; pero los que deseen recibirlas certificadas deberán remitir 25 céntimos más.

## TABOADA *Licenciado en Filosofía y Letras.—Asignaturas del Bachillerato y repaso del mismo.*

**Precios módicos.**—Horas: de 9 á 12 de la mañana.—Dirijanse á Malasaña, 28, primero derecha, ó á la Administración de ROSA Y AZUL.

### COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.  
Espíritu Santo, 28, MADRID

FAMOSO METODO DE LECTURA  
**EL SIGLO DE LOS NIÑOS**

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo	0,50 »
Pepe 2.º	0,50 »
Pepe 3.º	0,75 »
Pepe 4.º	1,00 »

**MÉTODO CÍCLICO**

EL MISMO DE LA  
**ESCUELA MODELO DE MADRID**  
 de tan brillantes resultados  
 y proclamado por los señores Maestros.

Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sa- grada.....	0,15
Lengua castellana.....	0,15
Aritmética.....	0,15
Geografía é Historia.....	0,15
Elementos de Derecho.....	0,15
Nociones de Geometría.....	0,15
Idem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales.	0,15
Idem de Higiene y Fisiología Humana.....	0,15
Agricultura.....	0,15
Industria y Comercio.....	0,15

Depósito general: Librería Escolar de Antonio  
 Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

**SOBRE-MONEDERO**

para mandar por correo dinero en  
 metálico, certificado, con la garantía  
 del Estado, que abona la cantidad  
 declarada en caso de extravío. Se  
 vende en todos los estancos á

**25 céntimos.**

En el sobre-monedero pueden re-  
 ntitirse hasta 50 pesetas en cual-  
 quier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 15, BAJO**  
**MADRID**

Plateros de grabado

**PROCESORES DE E. PAEZ**

para copias, cine, micrografía.  
 Precios sin competencia,  
 Quintana, 48.—MADRID

**JOSE BREÑOSA**, redactor artístico de ROSA  
 Y AZUL. Lecciones de dibujo y modelado.  
 Dirijan los avisos á la Administración de  
 esta Revista.

**MADRES** Existen cajas falsificadas de la  
*Denticina* que han imitado bien  
 para sorprenderos, pero causan graves tras-  
 tornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

**ESTÓMAGO** Las acedias, dispepsias, gas-  
 tralgias, úlceras, diarreas,  
 vómitos y cuanto revela malas digestiones se  
 cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida  
 en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10  
 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

**LIBRERIA**

DE

**AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO**

Casa especial para surtir á los  
 colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

**SERRADILLA (Cáceres)**

Pídanse catálogos.

**SASTRERIA EL INFANTE**  
**NIÑOS**

26, PRECIADOS, 26

Trajes dril, desde....	2 ptas.
Lana y vicuña.....	5 »
Gergas y estambres..	10 »
Piqué superiores....	8 »
Alpacas elegantes... 15 »	



Cuellos novedad, chalinas,  
 sombreros paja y colección  
 grandísima de géneros para  
 la medida.

**PASTILLAS** cloro-boro-sódicas **BONALD**  
 — con cocaína —

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de  
 garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granula-  
 ciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

**ELIXIR** antibacilar **BONALD**, de thiocol-cinamo-  
 vanádico-fosfo-glicélico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neu-  
 monías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gri-  
 pales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

**ACANTHEA** **BONALD**. Poderoso agente para  
 combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,  
**Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid**